

---

## TÉCNICAS, CONCEPTOS Y PROBLEMAS EN FILOSOFÍA

CARLOS ALFONSO GARDUÑO COMPARÁN

La pregunta planteada ofrece una serie de dificultades con relación a mi disciplina profesional, lo cual, me parece, la hace particularmente interesante. Para empezar, ¿pueden los problemas propios de la filosofía ser resueltos? Y, de ser así, ¿pueden ser resueltos por la técnica? Vayamos por partes.

Las cuestiones ante las cuales los filósofos intentan dar respuestas son aquellas denominadas bajo los rubros de “cuestiones últimas” o “preguntas perennes”. Así, la labor filosófica se centra en la dilucidación de los principios fundamentales que posibilitan cualquier tipo de realidad, desde varios aspectos: el metafísico, el ético, el estético, el epistemológico, etc. Se podría decir que hay una filosofía para cada aspecto de la realidad. Las sociedades, pues, se comprenden bajo ciertos principios que, a su vez, se relacionan con los principios fundamentales de las ciencias, los sistemas políticos y económicos, etc. Incluso nuestra comprensión del cosmos está determinada por los principios metafísicos en los que se fundamentan nuestros métodos de exploración y análisis de la naturaleza. Hemos, entonces, de preguntarnos, ¿hay problemas que resolver en estos niveles de especulación? ¿Qué tipo de problemas son los que hay que resolver?

En primera instancia, podríamos decir que al nivel de principios no hay, como tal, problemas, porque la postulación de principios es la condición de posibilidad para poder comprender o al menos plantearse un problema; uno siempre se plantea un problema en el marco de ciertas estructuras. En este sentido, la labor de la filosofía es la de aclarar dichas estructuras, hacernos conscientes de ellas, criticarlas e, inclusive, proponer nuevos modelos. Ahora bien, los problemas de los filósofos, me parece, no están tanto en los principios en sí, sino en los esfuerzos por lograr la claridad que su discurso requiere para pretender cierta validez. En la construcción de sus discursos, más que en aquello a lo que refieren, ya sea que dicha referencia exista realmente más allá del discurso, ya sea que sólo exista como una ficción con ciertas repercusiones en el nivel práctico. Los principios y estructuras del tipo de las que son estudiadas y propuestas por los filósofos, a mi parecer, no implican un problema a resolver. Ellos, como

---

Instituto Tecnológico Autónomo de México. / Departamento de Filosofía, Universidad Iberoamericana, México. / [carlosgardunocomparan@hotmail.com](mailto:carlosgardunocomparan@hotmail.com)

referencia del discurso de los filósofos, no son, como tal, ni siquiera discutibles. Lo problemático, lo discutible, aquello que requiere soluciones, es el discurso a través del cual el filósofo propone ciertos principios últimos. Por ello, las discusiones filosóficas son siempre sobre argumentos, independientemente de aquello a lo que éstos lleven. Por ello, la radicalidad de un buen texto filosófico no está en las conclusiones en sí, por escandalosas que puedan ser (como negar la realidad empírica, a Dios, cualquier institución política y social, etc.), sino en llevar a sus últimas consecuencias la lógica a través de la cual está estructurado el texto; la forma en que se decide conectar las premisas de que se parte.

Si lo que menciono es cierto, los problemas de los filósofos, por paradójico que pueda sonar, no son filosóficos sino literarios; son problemas propios, como se ha dicho, de la elaboración de textos. Así pues, retomemos las preguntas iniciales: ¿cómo dichos problemas han de ser resueltos por la vía técnica y cómo por la elaboración conceptual?

Cualquiera que labore profesionalmente en el ámbito filosófico es consciente de que toda elaboración conceptual que realice, si quiere ser tomado en cuenta, debe responder a estrictos criterios técnicos. Nunca basta con tener una buena idea. En filosofía, contrario a la opinión vulgar, no hay ni buenas ni grandes ideas. Un concepto como tal no tiene ningún tipo de valor, es neutro, y a los ojos de un filósofo sólo es uno de los términos que ha de introducir en su argumentación. Todos pueden tener una idea, pero su validez estará en el lugar que ocupe en la argumentación, cuya construcción es un asunto de técnica, es decir, de investigación, de análisis y comparación de textos —tanto de manera sistemática como histórica— y de escritura del texto en sí—lo cual implica escoger las herramientas literarias para expresarse de buena manera, así como el rigor lógico que el texto requiera (el cual es siempre variable y dependiente del estilo escogido).

La consecuencia obvia de mi argumento es la de que los problemas filosóficos son problemas técnicos análogos a los del arte. Es decir, los problemas filosóficos son problemas en gran parte de expresión; de desarrollos técnicos para expresar conceptos de manera válida, siendo la validez determinada tanto por el contexto como por la realidad en sí. De este modo, ¿se puede hablar de progreso en filosofía? Sí, sólo si lo entendemos en el marco de los avances técnicos en la forma de expresar las ideas. Podríamos, por tanto, decir que los tratados de Aristóteles son un progreso técnico con respecto a los diálogos platónicos; que las confesiones de San Agustín son un progreso con respecto a las argumentaciones greco-latinas; que las sumas teológicas son un progreso con respecto a la sistematización del conocimiento en la Antigüedad; que los discursos, métodos y críticas de la Modernidad —basados en principios exclusivamente racionales, subjetivos y no metafísicos— son un progreso con respecto a las argumentaciones teológicas de la Edad Media; y que los estilos más personales y

fragmentarios de la posmodernidad son un progreso con respecto a la pretensión de unidad de los tratados modernos. No podemos, en cambio, decir que hay progreso si nos limitamos al ámbito de lo conceptual. Una idea, como mencioné anteriormente, no vale más que otra en sí; cada una vale en y por su contexto, por las estructuras en las que cuales ha sido colocada, por el texto en y por el cual es sacada a luz, cada uno de los cuales, como he tratado de dejar claro, requiere de una labor técnica para ser realizado. El trabajo filosófico, pues, es una *techné*, en el sentido original del término.

Ahora bien, soy consciente de que la postura aquí asumida me hace caer en un materialismo casi marxista, similar al de la escuela de Frankfurt. Así, la filosofía sería tan ideológica como cualquier otra creación cultural basada en ideas, donde lo decisivo es su inserción en los procesos técnicos de trabajo y su eficacia en la praxis, tanto para justificar o fortalecer cierto poder como para liberarnos de él. ¿Querrá esto decir, entonces, que lo concerniente a la filosofía se puede reducir a cuestiones técnicas? ¿Que los discursos filosóficos no son más que objetos con cierta estructura y ciertas consecuencias prácticas, de acuerdo con el contexto en el que son insertos? ¿Que la filosofía siempre se ha de pensar en función de una praxis y, por lo tanto, políticamente orientada? ¿No hay en la labor filosófica —análogo al más allá del bien y del mal de Nietzsche— un más allá del objeto, la técnica, la praxis y la política? ¿Un ámbito de lo Real, en función del cual la filosofía pueda pretender valer, más allá de lo técnico? Entonces cabe preguntarse, si todo fuera material y técnico, ¿qué referencia tendríamos para decidir entre un objeto y otro? ¿Cuál sería técnicamente mejor si no hubiera algo no técnico sobre ellos que nos permitiera discernir y escoger a uno sobre el otro? ¿O es que, en el fondo, todos los textos filosóficos valen lo mismo? ¿Ya no hay criterios para decidir cuál es mejor que el otro, ni siquiera con relación a la técnica? ¿La decisión, al final, es mera cuestión de preferencia política, de deseo? ¿Uno escoge cierto discurso, en último término, no por su calidad (ni por sus ideas, como he asegurado), sino porque desea ser militante del marxismo, cristianismo, fascismo, liberalismo, comunitarismo, etcétera?

En una especie de reivindicación del idealismo frente al materialismo, me parece que justo en este punto es donde la necesidad de conceptos que sirvan de referencia a nuestras decisiones, a nuestra técnica, a nuestra praxis política, a nuestros deseos, tiene sentido actualmente. En contra de las posturas posmodernas, que sospechan de todo lo que huele a *metarrelato*, opino que es necesario conservar conceptos, referencias o fines últimos que regulen nuestra práctica como un todo, para evitar que nuestro campo de trabajo se vuelva un laboratorio de experimentación donde todo lo que se desee y se imagine sea posible. Con esto quiero decir que no concibo que en filosofía todo tipo de discurso sea válido, sino que debemos

tener presentes, en todo momento, los límites dentro de los cuales las innovaciones técnicas pueden ser llevadas a cabo, siendo ello posible sólo bajo el criterio de conceptos que regulen como fines en sí.

¿Implica la exigencia conceptual mencionada caer en dogmatismos o totalitarismos? No necesariamente. Por supuesto, siguiendo la argumentación que he sostenido hasta ahora, los fines últimos que determinen los límites de nuestras prácticas, como tal, no serían problemáticos; estarían más allá de discusión, aunque ello podría dar pie a considerarlos una especie de dogma o axioma incuestionable. Sin embargo, en nuestra época somos cada vez más conscientes de que ningún concepto como tal puede ni debe estar más allá de la crítica, pues ello acarrea el peligro de justificar todo tipo de prácticas totalitarias. ¿Cómo encontrar, por tanto, una solución a la aparente contradicción que se genera en el reconocimiento de la necesidad de referencias últimas y la de criticar todo concepto? Ese, quizá, sea el mayor problema a tratar en las argumentaciones filosóficas de nuestros días, para el cual se tendrán que desarrollar técnicas, sistemas lógicos y formas de expresión, que nos permitan obtener respuestas satisfactorias. Aún así, sigue en suspenso la pregunta sobre el marco conceptual bajo el cual hemos de abordar el problema. Y, ante ello, pienso que el problema mismo, su planteamiento, la pregunta como tal, han de definir el contexto que circunscriba nuestras prácticas. La cuestión sobre la referencia última, en nuestra época posmoderna, determina el marco que regula nuestra labor. Se trata de una especie de concepto que define el lugar que nunca puede ser ocupado por nadie, pero al que todos los discursos apuntan. Sería el fundamento a partir del cual nuestras argumentaciones han de generarse y en cuyo marco pueden oponerse y dialogar, en perpetua discusión y confrontación de técnicas, en un constante progreso de nuestros sistemas lógicos y formas de expresión.